

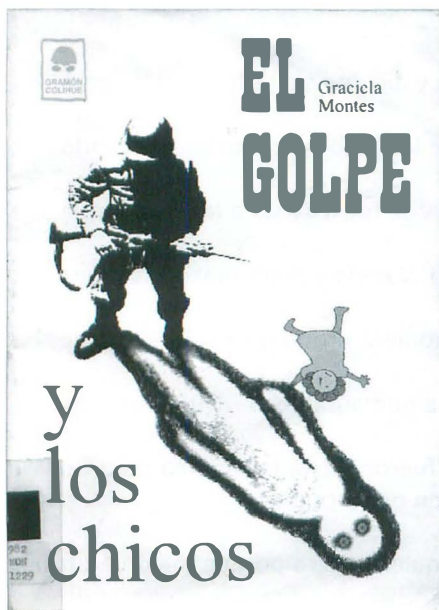
Fabiana Margolis

Licenciada en Letras, profesora de Lengua y literatura, dirige talleres literarios para chicos y es asidua colaboradora tanto en *EDUCACIÓN Y BIBLIOTECA* como en la revista electrónica *Imaginaria*. Como escritora ha publicado la novela *Sueños con gusto a frutilla* y algunos de sus cuentos podéis leerlos en www.educared.org.ar/imaginaria/biblioteca/?p=18
fabimargolis@hotmail.com

El engaño de la desmemoria

“Como soy desmemoriada me engaño diariamente con soluciones ingenuas”

Juana Bignozzi



Graciela Montes
El golpe y los chicos
Buenos Aires: Colihue, 1996

Hay veces en que las fechas o los momentos que elegimos para hacer determinadas cosas resultan casualidades. Hay veces en que no. Creo que el hecho de que hoy sea 24 de marzo, Día Nacional de la Memoria por la Verdad y la Justicia, no es una casualidad. Estoy sentada con este libro de Graciela Montes en mis manos y pienso: un día como hoy, hace 32 años, comenzó la terrible historia que se esconde entre las páginas del libro. Y pienso también que hoy no sólo se conmemora la lucha por la Verdad y la Justicia sino que, sobre todas las cosas, celebramos que tenemos memoria para recordar esa lucha.

¿Es necesario recordar cosas que sucedieron hace tanto tiempo?, se preguntarán algunos. ¿Para qué?, querrán saber otros, encogiéndose de hombros o mirando hacia otro lado (porque muchas veces es más seguro y más fácil mirar hacia otros lados). ¿Es bueno contárselas a los chicos? Las respuestas pueden ser –y seguramente lo serán– muchas y muy variadas. El libro *El golpe y los chicos* se constituye como una de esas posibles respuestas: no sólo es bueno, sino absolutamente necesario.

“Algunas personas piensan que de las cosas malas y tristes es mejor olvidarse. Otras personas creemos que recordar es bueno; que hay cosas malas y tristes que no van a volver a suceder precisamente por eso, porque nos acordamos de ellas, porque no las echamos fuera de nuestra memoria” (p. 4).

Con estas palabras comienza el libro, rescatando el valor del recuerdo y la memoria como portadores de identidad y como elementos indispensables en la construcción de una sociedad justa y verdadera.

Un poco de historia

El libro está organizado en dos partes. En la primera, de carácter informativo, se narran los acontecimientos que sucedieron en Argentina a partir del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Con un lenguaje claro y sencillo, pero sin concesiones, la autora explica cómo fueron sucediendo las cosas.

“Un golpe de Estado es eso: una trompada a la democracia. Un grupo de personas, que tienen el poder de las armas, ocupan por la fuerza el gobierno de un país (...) Se sienten poderosos y gobiernan sin rendirle cuentas a nadie. Aunque, por supuesto, como no les gusta que los vean como a ogros, siempre explican por qué dieron el golpe. Por lo general dicen que es para ‘poner orden’ en un ‘país desordenado’” (p. 4).

A partir de allí, de la trompada, del golpe brutal, los hechos se suceden con violencia: los grupos guerrilleros –el ERP y los Montoneros–, la Triple A, el terrorismo de Estado, el Mundial de Fútbol de 1978, la guerra de Malvinas, las Madres de Plaza de Mayo, las leyes de Punto Final y Obe-

diencia Debida, el indulto otorgado por el presidente Carlos Ménem.

“Vivir en democracia significa vivir con el otro –a veces con el adversario, con el que está parado en otro lado– y tolerarlo. Pelear, discutir, enfrentarse, pero tolerarlo. Claro que, para discutir y tolerar, es necesaria cierta calma, determinado estado de ánimo, y ésas eran épocas muy agitadas, donde pocos parecían dispuestos a detenerse a pensar o a negociar soluciones. Todas las peleas eran peleas a muerte” (p. 10).

Esta primera parte también cuenta cómo se desarrollaron los secuestros, las torturas y el robo de bebés, con la complicidad de médicos y enfermeras. Y cuenta cómo muchas mujeres que estaban embarazadas en el momento de ser detenidas, nunca más volvieron a ver a sus hijos. Tal vez ésta sea la parte más dura, más ardua, la que ha despertado mayores polémicas.

Sin embargo, la autora siempre consideró que a los chicos había que protegerlos para que no vivieran estas cosas, pero no para que no supieran (1). “El conocimiento siempre es bueno, nos hace más libres y más fuertes. El no saber nunca nos protege, más bien nos condena”, sostiene Graciela Montes.

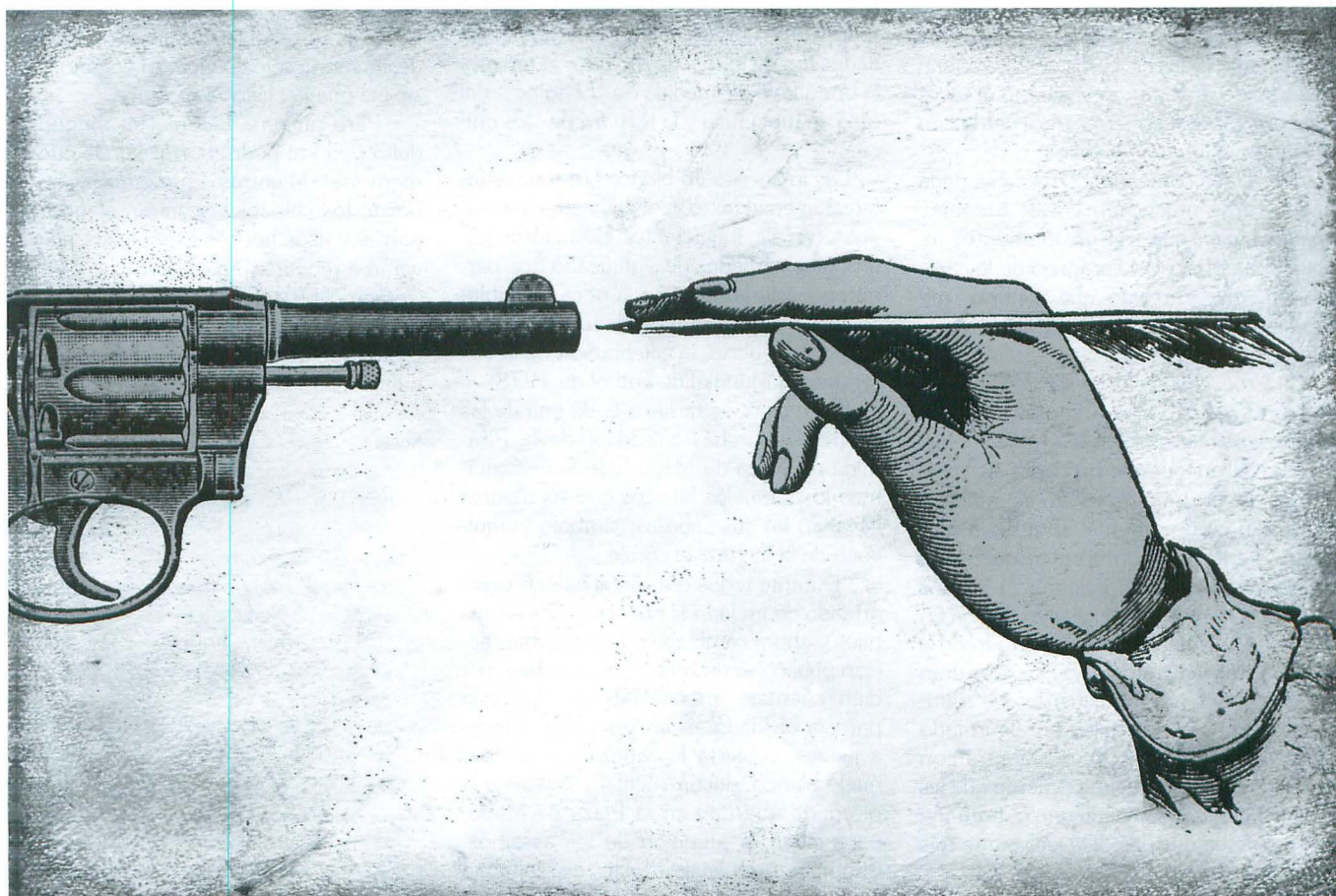
Muchas voces, infinidad de recuerdos

Si la primera parte tiene un tinte informativo y la historia se construye por acumulación de acontecimientos, en esta segunda parte son los recuerdos los que permiten armar la historia contemporánea de Argentina. Más precisamente, los recuerdos de los chicos. Aquí aparecen las voces, los testimonios de chicos y chicas que vivieron ese horror cuando eran pequeños.

“Lo que sigue son testimonios, recuerdos personales. (...) Son recuerdos terribles y tristes para ellos y seguramente tuvieron que hacer un gran esfuerzo para poder contarlos (no ha de ser fácil ver la propia historia adentro de un libro). Pero lo hicieron. Lo hicieron valiente y generosamente. Pensando que sus historias podían servir para que todos entendiésemos mejor cómo, en esos tiempos, se metía el terror adentro de la vida de las personas, cómo destruía todo lo que encontraba a su paso. Y tienen razón en pensar eso. Entender es bueno” (pág. 35).

Acertadamente, Gemma Lluch sostiene que los títulos de los capítulos constituyen una herramienta fundamental en el mo-

Cortesía © Aitana Carrasco



mento de efectuar una hipótesis sobre el argumento y orientarán al lector para reconstruir el significado (2). Los títulos de los capítulos de esta segunda parte son los nombres de los chicos y ese dato nos invita a la reflexión: si la apropiación de bebés durante la dictadura militar pretendía borrar, ocultar, silenciar la verdadera identidad de aquellos niños que eran robados y apropiados por otras familias, qué importante resulta entonces escribir bien grande y con todas las letras el nombre propio, el verdadero, en los comienzos de cada una de las historias. Nombre que se vuelve voz, memoria y palabra en los testimonios de Juliana, Inés, Pablo, Lili, Eduardo, Camila, Ernesto, Cristian, Marcel, Josefina, María, Antonio, Andrés y Mariana.

Las historias se entrecruzan, cada una es única y a la vez compartida. Muchas veces, entre el dolor y el desconcierto, los chicos rememoran el coraje de una abuela ("mi abuela fue fortísima: iba, se sentaba, y lo que hacían ellos era poner el arma ahí sobre la mesa, y ella decía 'No me asusta'") o la valentía de los tíos que aceptaron hacerse cargo de ellos.

También aparece en los relatos el rechazo de los vecinos que cierran sus puertas por temor a verse involucrados. Y lo difícil que fue para estos chicos volver a conectarse con un mundo que les resultaba ajeno y doloroso:

"Yo, a veces, sentía una cosa rara: me parecía que todas las cosas de afuera iban muy rápido y yo muy despacio, o al revés (...) Para volver a ponerme de acuerdo con el mundo, cantaba" (Josefina).

"Yo estaba como ida, no hablaba, nada nada. Tardé mucho en volver a conectarme. Hasta que, en un momento, mi abuela me ofrece un caramelo de la caramelera, que era algo que siempre me ofrecía cuando íbamos con mis viejos" (María).

Otras veces los chicos se aferran a un pequeño recuerdo para contar cómo se sentían en aquella época. Como en la historia de Juliana, donde sus caramelos preferidos le permiten evocar su niñez y funcionan como una metáfora de la pérdida: "Me llevaron en un auto que estoy segura de que era un Falcon (...) Íbamos atrás, dos hombres de civil y yo; yo iba en el medio. Incluso bajaron en un kiosco y me compraron caramelos Sugus, que eran mis preferidos (...) Me acuerdo que siempre teníamos que esperar en algún lado donde había policías. Y yo siempre con mis Sugus a cuestas. Y me acuerdo que les convidaba a todos, a cada uno. Ahora me dan ganas de decirles: 'Devuélvanme mis Sugus'" (p. 39).

Es en el testimonio de estos chicos donde el relato alcanza mayor fuerza, se torna intenso y conmovedor. Graciela Montes cuenta que el hecho de incluir estos testimonios surgió de la necesidad de que esta historia fuera contada por muchas voces y vista por muchos ojos, de que se constituyera como un relato polifónico. "Por eso les di el espacio para que contaran sus recuerdos personales. Lo hice con todo el cuidado y el respeto que merece un trabajo de este tipo", dice la autora. "Grabé largas conversaciones y las transcribí, sin cambiar las palabras, sólo seleccionando pasajes que después mostraba a los que habían dado su testimonio, para asegurarme de que se sintieran representados en esa selección".

Fotografías de una época

Ya desde la portada, este libro resulta movilizador. Imposible permanecer indiferente al observar la imagen que aparece ante nuestros ojos: la sombra del militar que sostiene el arma se desparrama en la figura de un niño que parecería querer ocultarse. Curiosamente, lo que distinguimos con mayor nitidez son sus ojos bien abiertos, asustados, llenos de temor. El título aparece fragmentado, como si fuera imposible conciliar esas dos realidades tan distintas: de un lado, el terror y la brutalidad desmedida de "El golpe"; del otro, la inocencia y la ternura de "los chicos".

Las imágenes en blanco y negro se intercalan en el texto y, al dar vuelta la hoja, aparecen allí, inquietantes. Silenciosos testimonios cargados de significado que permiten vislumbrar una época terrible: soldados en un operativo, enfrentamientos con la policía, la celebración de la victoria en el Mundial de Fútbol de 1978.

Entre ellas, se destaca la de una de las primeras marchas alrededor de la Pirámide en Plaza de Mayo, donde distinguimos los pañuelos blancos que las madres llevaban en sus cabezas, símbolo inequívoco de la lucha y el coraje.

"Durante todos esos años habían peregrinado de un lado al otro en busca de sus hijos y ahora cambiaban de estrategia, hacían público su reclamo, se mostraban, pedían cuentas, 'manifestaban', algo que parecía olvidado en la Argentina. Jueves a jueves, cubierta la cabeza con un pañuelo blanco, daban vueltas y vueltas a la pirámide que hay en la Plaza de Mayo, para exigir la atención de los asesinos. Simplemente estaban allí, no faltaban

nunca, y su presencia era una terrible forma de denuncia" (p. 26).

Las fotos que integran la segunda parte también cuentan una historia: son los rostros visibles de aquellas voces que se animaron a contar y los retratos de las familias que han sido destruidas para siempre. Entre ellas descubrimos un viaje o un momento que ha sido tomado de manera espontánea y que conmueve justamente por eso, por ser parte de lo cotidiano. A través de estas fotos asistimos como testigos a un mundo que se revela ante nuestros ojos, descubriéndose como un secreto.

Durante el Primer Coloquio Interdisciplinario de Abuelas de Plaza de Mayo, que se realizó en abril de 2004 en Buenos Aires, la doctora Leonor Arfuch mencionó la importancia de los testimonios, los relatos de vida y las fotografías en el momento de armar una identidad, una memoria colectiva. Y señaló que "el conjunto de palabra, imagen, gesto, voz, es lo que hace a la construcción de una memoria viva" (3). Memoria que es necesario rescatar y preservar y que anida tanto en los testimonios plagados de recuerdos de estos chicos como en las imágenes que acompañan sus palabras.

El golpe y los chicos es un libro que invita a la reflexión, al debate, a la lectura compartida. Es un libro que habla del compromiso y de lo importante que es recordar las cosas que pasaron, para conocer la verdad y saberse más libres, porque la desmemoria sólo conduce al engaño y posibilita que la Historia se repita.

"Pero ninguna ley injusta, ningún inculdo pudo ni podrá borrar jamás nuestra memoria. Mientras la memoria no se borre, los culpables seguirán siendo culpables y esos hechos espantosos no volverán a repetirse" (p. 33).

Como bien sostiene su autora al comenzar el relato, "es preciso contarlos una y otra vez para que no vuelva a suceder nunca más". ◀

Notas

- (1) Nos referimos aquí a los libros para niños que forman parte de la colección "Entender y Participar", en los cuales se explica qué es la democracia, para qué sirven las leyes, cuáles son los derechos de los ciudadanos, cómo se hace justicia, entre muchos otros temas. Buenos Aires: Libros del Quirquincho, 1986.
- (2) LLUCH, Gemma. *Cómo analizamos relatos infantiles y juveniles*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma, 2003.
- (3) ARFUCH, Leonor. *Cómo se construye la identidad*. En MADARIAGA, Abel (ed.) et al. *Identidad, Construcción social y subjetiva: Primer Coloquio Interdisciplinario de Abuelas de Plaza de Mayo*. Buenos Aires: Abuelas de Plaza de Mayo, 2004. p. 70. Puede accederse a éste y otros materiales en: www.abuelas.org.ar